
CULTURA FORESTAL Y DIFERENCIACION PROFESIONAL*

José Pérez Vilaríño
Universidad de Santiago

RESUMEN. El bosque aparece hoy como un patrimonio de una crucial importancia estratégica para toda la humanidad. La obtención de leña y de tierra de labor vincula a él la subsistencia de la mayoría de la población en los países pobres, así como una importante producción industrial y, más recientemente, los usos recreativos y la calidad ambiental en los países más ricos. La gravedad de las tensiones desencadenadas en torno a estos diferentes usos está amenazando la supervivencia de numerosos bosques y dificulta su aprovechamiento integral. Vía obligada de intervención para instaurar la paz en uno de nuestros patrimonios comunes y poder al mismo tiempo aprovechar su inagotable fuente de recursos es el desarrollo de las nuevas profesiones, exigidas por la mayor complejidad e importancia del sector, así como el diseño y la promoción entre la población general de una *cultura forestal* con una sólida base profesional. La sociología es una de las disciplinas llamadas a encontrar en este ámbito un interesante campo de trabajo, tal como muestran las aportaciones de un estudio reciente sobre *cultura forestal* realizado en Galicia.

* El marco de referencia de este trabajo es la investigación llevada a cabo en la Cátedra de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Santiago de Compostela durante los últimos siete años, en colaboración con un amplio equipo interdisciplinar y con el apoyo de la Dirección Xeral de Montes e Medio Ambiente Natural. Francisco Dans del Valle y Angel Romero García, junto con Rafael García Taibo y Fernando Molina Rodríguez, son los ingenieros responsables de mi atrevida incursión por el monte, de la que todavía no he podido arrepentirme, a pesar mío. Resultado inicial de este trabajo fue la creación de un prototipo de agrupación forestal capaz de hacer viable una gestión moderna en contexto de minifundio, así como el nacimiento de la propia Asociación Forestal de Galicia (1986), con el propósito de dar cohesión a más de medio millón de propietarios forestales. El mismo equipo elaboró en 1989 el primer programa de Política Forestal para Galicia y un modelo de organización profesional comarcalizada para hacer

EL HORIZONTE PROFESIONAL DEL MONTE

La importancia pública atribuida al bosque deriva de su creciente concepción como un patrimonio colectivo al que están estrechamente asociadas nuestra supervivencia y la calidad de vida, tal como subrayaron recientemente el X Congreso Forestal Mundial de París (octubre 1991) y la Conferencia sobre el Medio Ambiente de Río de Janeiro (junio 1992). Para percibir la importancia del sector forestal baste señalar dos datos. Después del agroalimentario, el mercado de productos forestales ocupa el segundo puesto a escala mundial. En el ámbito de la CE ocupa, asimismo, el segundo puesto en las importaciones comunitarias, después del petróleo.

Desde la óptica profesional, el sector forestal presenta una amplia diversificación, que va desde la economía de simple recolección hasta los sistemas de producción de proceso continuo del complejo bosque-industria y las nuevas profesiones asociadas a los usos recreativos y ambientales. La integración europea y el hecho de que la CE sea a un tiempo una de las áreas con mayores exigencias medioambientales, uno de los mayores importadores de productos forestales (a pesar de ser el cuarto productor mundial) y la unidad económica más solvente, han despertado una súbita atención por este recurso en las regiones húmedas y templadas del Arco Atlántico, que disponen de los terrenos de mejor aptitud forestal de Europa, sujetas al mismo tiempo a una profunda reconversión agroganadera e industrial. A pesar de sus 43 millones de hectáreas de montes, la Comunidad sólo dispone de 0,13 Ha. de bosque por habitante frente, por ejemplo, a las 4,2 Ha. de Finlandia. La Comunidad, con sólo el 1 por 100 de la superficie forestal, representa el 15 por 100 del consumo mundial. Estos datos ponen de manifiesto el carácter estructural y duradero de nuestro déficit.

El descubrimiento de que el monte, en el horizonte comunitario, puede constituir un recurso renovable de primera magnitud está dando lugar a una ampliación del horizonte profesional. En este sentido, cabe destacar el positivo impacto de la puesta en marcha en Galicia en 1990 de un Servicio de Defensa Contra Incendios Forestales, que parece haber conseguido controlar los incendios como consecuencia, justamente, de su organización profesional, disminuyendo drásticamente la superficie afectada por el fuego y, en consecuencia, el alcance de la catástrofe (esto es, los eventos catastróficos) y la superficie quemada (gráfico 0).

frente al dramático problema de los incendios forestales, que dio origen al Servicio de Defensa Contra Incendios Forestales de la Xunta de Galicia y que en la actualidad alcanza un alto nivel de eficacia. Asimismo, en septiembre de 1990 organizó en Santiago de Compostela un Curso Internacional de Economía Política Forestal, en el que participaron organizaciones de propietarios de montes, empresas transformadoras, Administraciones y Universidades de los países forestalmente más avanzados, cuyas lecciones acaban de ser publicadas. Durante los años 1991-92, la Cátedra de Sociología ha participado en la elaboración del Plan Forestal de Galicia, que incluye un capítulo sobre cultura forestal, y que ha sido aprobado por el Parlamento de Galicia con un muy amplio consenso político.

A medida que crece la población mundial —con un ritmo actual que tiende a duplicarse cada treinta y nueve años—, se incrementa la presión humana sobre los recursos disponibles. Este hecho, reforzado por el final de la bipolaridad internacional, parece estar reorientando la preocupación mundial por la seguridad hacia las cuestiones ambientales.

En el ámbito forestal, esta presión se realiza simultáneamente en dos grandes direcciones que tienden a presentarse como difícilmente compatibles. En primer lugar, un consumo generalizado y cada día mayor de productos forestales, de los que la madera es el principal. Aproximadamente la mitad del volumen cortado es utilizado como leña para el fuego doméstico de unos dos mil millones de seres humanos que viven en las áreas más atrasadas. Por el contrario, son los países avanzados los que transforman y consumen la mayor parte de la madera industrial. Los países del Hemisferio Norte representan la casi totalidad del comercio internacional (97 por 100 de las importaciones netas y 84 por 100 de las exportaciones netas), por lo que el consumo de madera (y más aún el de papel) constituye uno de los indicadores más sensibles del nivel y la calidad de vida. El consumo de madera (equivalente de madera en rollo) por habitante en la actualidad y en las previsiones para el año 2000 oscila entre 1,5/2 m³ en los EE.UU., 0,7/0,9 m³ en la CE y 0,4/0,7 m³ en España, superando asimismo 1 m³ los Países Nórdicos, Canadá y el Japón. En cuanto al papel, mientras en los EE.UU. el consumo es de 300 Kg. por habitante, en la CE es de 200 Kg. y en España de 100 Kg. (FAO, 1991). Estos datos hacen prever un enorme crecimiento de la demanda mundial de madera, sobre todo de inmediato en los países con un nivel medio de desarrollo.

Por su parte, las demandas de uso recreativo y el papel fundamental del bosque en la resolución de los problemas ambientales de alcance global están experimentando una verdadera explosión y plantean cuestiones que aguardan todavía una respuesta profesional. Entre 1960 y 1985, los espacios protegidos crecieron en el mundo de 100 millones a 400 millones de hectáreas. Al mismo tiempo, la comunidad internacional comienza a considerar los bosques como un recurso a compartir y que una protección ambiental sería tiene que asumir la necesidad de establecer plantaciones para satisfacer las demandas de madera. La simple política de imponer restricciones en espacios determinados sólo consigue desplazar las presiones a otros espacios. Pero, además, las plantaciones intensivas constituyen la forma más eficiente de reducir el CO₂ atmosférico. Por estas razones *resulta ineludible, a la vez que viable, compaginar los objetivos ambientales con los económicos en una política forestal equilibrada y altamente profesionalizada.*

Las autoridades comunitarias europeas parecen estar tomando rápidamente conciencia de este nuevo planteamiento. Con algo menos de un 5 por 100 de las plantaciones del mundo, la CE producía en 1989 el 11 por 100 de la madera en rollo, pero sólo alcanzaba a cubrir la mitad de su consumo de madera de sierra. Por su parte, la insostenible situación de la

Política Agraria Comunitaria, al desencadenar el abandono de tierras agrícolas, está ofreciendo el punto de despegue a una política de apoyo a los bosques, tanto como nueva forma de ocupar el espacio rural de montaña como de mejorar el medio natural y de reducir el déficit de madera.

Tal como queda ya señalado, la búsqueda de fórmulas que hagan compatibles los diferentes usos del monte y den respuesta cabal a las demandas sociales abre un amplio horizonte a nuevas profesiones. Una de las disciplinas llamadas a ofrecer profesionales a este sector es la sociología, verdadera ecología de la cultura y «explícito condicionante de las poblaciones rurales y urbanas afectadas (...) cuya trascendente función de futuro forestal nadie discute» (Martínez Hermosilla, 1992: 27).

La opinión pública mantiene posiciones muy diferentes sobre cómo deben de gestionarse los recursos naturales, entre los que es preciso incluir los recursos forestales, y más en particular, en el caso gallego, los montes. Cuestión fundamental es la de saber en qué medida se trata de problemas concretos a abordar con una metodología profesional específica y en qué medida responden a posiciones ideológicas o de intereses y que, en definitiva, requerirán un puente entre los juicios de valor y las cuestiones técnicas.

La variedad de las cuestiones implicadas hace difícil el planteamiento de los problemas en términos estrictamente profesionales. Las grandes cuestiones se refieren al manejo de los recursos, a los temas del mercado y del sistema institucional de gestión, así como a las preocupaciones más generales sobre las condiciones ambientales. La mayoría de los temas se encuentran interrelacionados, y encontrar una solución para uno de ellos contribuye a facilitar la solución de otros. Sin embargo, no siempre resulta fácil alcanzar el punto de equilibrio que permite dar satisfacción plena a las diferentes demandas.

DESARROLLO TECNOLÓGICO Y CULTURA PROFESIONAL

El avance tecnológico somete de continuo nuevos campos al dominio científico, al tiempo que los detentadores de esas nuevas formas de conocimiento abren nuevas profesiones en el mercado de trabajo. Otras veces es la demanda social la que se anticipa y presiona en busca de profesionales alternativos que den respuesta a necesidades apenas bien definidas pero sentidas con fuerza. El fenómeno implica un doble proceso inseparable de interacción entre las dos grandes dimensiones de toda organización: la legitimidad y el poder (Pérez Vilariño, 1987). Por un lado, las innovaciones tecnológicas dan origen a una diferenciación profesional basada en la competencia; por el otro, la satisfacción eficiente de necesidades tiende a otorgar a los nuevos profesionales un poder a medida de la importancia real o sentida de su demanda (J. Rodríguez, 1987; M. Guillén, 1990). Como

consecuencia de este proceso, una de las medidas más significativas del grado de modernización de una sociedad es la presencia de profesionales en un número cada vez mayor de ámbitos —muchos de ellos hasta hace poco insospechados—, junto con una creciente especialización y complementariedad entre ellos.

La sociología de las organizaciones ha puesto de relieve la importancia, destacada por Max Weber, de factores culturales en la emergencia y la legitimación de la innovación. Por ello, el desarrollo de una cultura profesional determinada requiere la difusión entre la población de sus nociones básicas, en orden a posibilitar el diálogo entre el profesional y sus clientes. Esta cultura profesional opera simultáneamente en el ámbito de la legitimidad, reconociendo la competencia del profesional, y en la esfera del poder y del mercado, reservando tal competencia sólo al profesional acreditado. La falta de una cultura profesional generalizada constituye el indicador tal vez más sensible que permite diferenciar una profesión vieja o consolidada de otra nueva o en revisión.

La cultura, como cualquier otro complejo artefacto social, requiere un proceso de producción, en el que el papel de los profesionales especializados resulta cada vez más predominante. Por ello, la mejor vía de acceso a cualquier sistema cultural es tratar de dar con sus profesionales. Un profesional no es, en definitiva, sino el resultado de unos programas —más o menos integrados— que tienen como propósito conseguir una determinada óptica precisa para acercarse a un tipo de problemas y abordarlos con unos planteamientos que responden a unas reglas establecidas. En respuesta a los nuevos desarrollos científicos, los profesionales son los que elaboran los conceptos básicos, que mediante diversos procesos de traducción y adaptación llegan al gran público.

Desde esta perspectiva, el objetivo de una Cultura Profesional del monte es conseguir para la gestión del medio natural, para las industrias transformadoras de los productos forestales y para las empresas capaces de generar servicios una legitimidad similar a la que han logrado la agricultura y las industrias agroalimentarias.

Desarrollo tecnológico y nuevas demandas sociales han convertido al monte y al sector forestal en uno de los campos a los que la opinión mundial está prestando mayor y creciente atención. Consecuencia lógica es una rápida diferenciación profesional, con la entrada de grupos nuevos en este campo, así como los intentos de utilización o raptó político de su capacidad de movilización social.

La explosión de nuevas demandas sobre su triple función está generando una eclosión de tareas innovadoras y de profesiones en campos muy diversos. Como es obvio, el primero es el de las ingenierías forestales y las ciencias naturales (expertos en selviculturas especializadas, en mejora genética, en técnicas de transformación mecánica y química de la madera, en gestión de parques y espacios sensibles, en paisajismo...). Por su parte,

la economía, el derecho y la sociología tienen en este ámbito retos de cuyo alcance sus profesionales —sobre todo en España— no parecen tener todavía una idea aproximada. Entre las tareas más apremiantes destacan: definir un marco jurídico-institucional capaz de hacer compatibles los diferentes usos del monte y de dar viabilidad empresarial a las explotaciones forestales de acuerdo con los parámetros específicos de este sector (financiación y rentabilidad a largo plazo, propiedad privada y fraccionamiento de las parcelas). Especial importancia reviste la carencia de sistemas institucionales de negociación entre los agentes implicados (Administraciones, propietarios, empresarios y organizaciones sociales). Los incendios forestales no son sino la expresión del abandono y de las tensiones a que han estado sometidos los montes. Los científicos sociales, además del análisis de las nuevas demandas sociales, tienen un campo estratégico de trabajo: el diseño y la promoción de modelos de gestión empresarial asociada entre los cientos de miles de propietarios forestales, muchos de los cuales residen ya en las ciudades.

Los ingenieros de montes, nacidos a principios del siglo XIX como Cuerpo de funcionarios facultativos de la Administración, dedicados «a lograr la permanencia de una importante superficie forestal arbolada en manos de las instituciones públicas» (*Plan Forestal de Galicia*: 431), no han podido extender su intervención profesional a la mayor parte de los terrenos con aptitud forestal, por ser éstos de propiedad privada y estar demasiado fraccionados. Sólo una estrategia asociativa (Pérez Vilariño, 1989) permitirá ahora su entrada. Esta nueva orientación empresarial está desencadenando una importante demanda de profesionales entre los propietarios. En países como Suecia o Finlandia o en regiones como Aquitania y, en buena medida, el País Vasco, donde la silvicultura resulta más importante que la agricultura, los propietarios han conseguido tasas muy elevadas de asociacionismo y altos niveles de complejidad. La estrategia asociativa cubre no sólo las tareas de explotación forestal, sino cada vez más la comercialización e incluso la transformación de una parte importante de la producción. Y ello precisamente en respuesta al muy alto grado de integración mundial del sector transformador y a la necesidad de generar una *cultura forestal* capaz de ofrecer una respuesta profesional a las nuevas demandas urbanas que corren un alto riesgo de distorsión. Se trata de prevenir en el ámbito forestal un tipo de conflicto similar en alguna medida al que plantea el sector del automóvil. Al tiempo que representa uno de los campos señeros del desarrollo tecnológico y resuelve una de nuestras principales demandas, provoca varios de nuestros mayores problemas: los atascos, la contaminación urbana y los accidentes. La respuesta no está en su supresión, sino en el desarrollo de nuevas tecnologías y la regulación de su uso.

El fuego —exponente del desorden existente en el sector— remitirá cuando se vayan incorporando al monte profesionales capaces de ofrecerle

los servicios especializados que necesita, empezando, claro está, por los de vigilancia y extinción de incendios, acompañados por una selvicultura apropiada a sus diferentes usos. Con esta condición y a medida que se vaya difundiendo entre la población una *cultura forestal* con bases profesionales correctas, pasear por el monte podrá llegar a ser —como en Suecia— no sólo un derecho de todos los ciudadanos, sino que los propietarios agradecerán el paseo de los visitantes porque contribuirán a su custodia y promoción.

Condición indispensable para este tratamiento profesional del monte es el reconocimiento de su especificidad, derivada de un verdadero cambio del modo de producción. Ello implica no sólo el uso de nuevas tecnologías, sino también mutaciones en las relaciones sociales, sobre todo por la aparición de nuevos agentes. Entre éstos sobresalen los propietarios forestales, en proceso de conversión en selvicultores, que realizan o demandan una amplia gama de tareas profesionales; la opinión pública, cristalizada en una serie de organizaciones interesadas por el monte; un número creciente de consumidores de productos derivados del monte, y las Administraciones Públicas, que sienten una responsabilidad cada día mayor en este ámbito, hasta el punto de atribuirle en ocasiones rango de Ministerio.

Por inercia social e isomorfismo organizativo (Meyer y Rowan, 1977), tienden a reproducirse en los nuevos ámbitos de actividad las estrategias de acción del viejo modo de producción del que emergen. Así, en lugar de diseñar técnicas apropiadas de gestión asociada (Dirección Xeral de Montes e MAN, 1985), se intenta transferir desde la agricultura al bosque la estrategia de la concentración parcelaria, cuando ya no resulta operativa ni en el ámbito para el que fue ideada. Reconocer la especificidad del nuevo modo de producción forestal es, además, la única vía para evitar su subordinación a la economía de las tierras marginales. Que los recursos forestales puedan y deban contribuir al desarrollo de zonas de montaña no puede significar que ése sea todo el alcance del sector y que, como consecuencia de ello, no se diseñen los instrumentos profesionales de carácter técnico, económico, jurídico, institucional... ajustados a su nueva dimensión.

Mientras no se definen y consolidan las nuevas especialidades, es lógico que profesionales de campos afines —sobre todo si entre ellos las tasas de paro o de subempleo son elevadas— busquen cubrir el déficit. Dado el alto grado de corporativismo existente, es razonable que estos profesionales en orden a conseguir legitimidad tiendan a liderar grupos y organizaciones representativas de los nuevos valores y funciones del bosque. Por su parte, los facultativos representantes del anterior modo de producción del bosque, en el que la profesión estaba sometida a una fuerte tutela por parte de la Administración, se sienten un tanto desorientados al perder no sólo el monopolio profesional (H. Wilensky, 1964; M. Guillén, 1990), sino el control de un territorio que consideraban propio. El precio de una mayor

relevancia y complejidad del sector es la aceptación de un sistema profesional más diferenciado, esto es, abrir la profesión a una familia de profesiones (Abbott, 1988). El riesgo de resistir a esta obligada diferenciación es una reducción del sentido central de la profesión, provocando en su seno una división artificial «entre productivistas y conservacionistas», por el olvido del «axioma forestal de la compatibilidad de las funciones económica, de protección y social» (*Plan Forestal de Galicia*: 434). Consecuencia de esta situación es la cesión del liderazgo a los grupos emergentes.

El carácter hasta ahora marginal del monte ha permitido a sus ingenieros ser quizá la única profesión que conserva, a modo de parroquia, un territorio prácticamente en exclusiva. La identificación de la profesión con su característica más forestal parece haberle supuesto un coste importante. Perdidos en el monte y enclaustrados en la función pública, fueron perdiendo su control precisamente a medida que iba cobrando una importancia capital en la ciudad y otras profesiones pugnan por entrar en él.

Resulta una extraña ironía que los profesionales ocupados durante decenios —e incluso siglos— en recuperar desde un lejano horizonte económico los espacios marginales —montes, cuencas y bosques— sean percibidos como los representantes del economicismo, mientras que agricultores y ganaderos intensivos gozan de una aureola de jardineros o empresarios modernos.

Los montes y el sector forestal parecen condenados a vivir en dependencia: hasta ahora, de la agricultura y la ganadería y, en adelante, del medio ambiente (cambio recientemente operado ya en Francia) y de la lógica marginal de la agricultura residual. El relieve que, a través del proceso autonómico español, han alcanzado algunos de los rasgos regionales más diferenciados, en particular en el ámbito de los recursos renovables, parece hacer posible que más de una Comunidad llegue a atribuir a su riqueza forestal una importancia estratégica, tal como parece estar apuntando en Galicia y sucedió hace décadas en los países nórdicos. Cuestión pendiente es la de decidir si el desarrollo de una racionalidad específica conseguirá cristalizar en un entramado institucional propio y consistente.

Más allá de estas tensiones y de la obligada guerra hermenéutica, el trabajo interdisciplinar está consiguiendo logros importantes en este campo. Por el contrario, el raptó del bosque como arma política plantea formas de conflicto más difíciles de superar, sobre todo cuando se alía con el nacionalismo. Este da vigor al ecologismo, a cambio de una aureola de modernidad y de rigor científico. Los incendios forestales constituyen un caso paradigmático de la diferencia entre el discurso profesional y el político. El primero elabora categorías precisas como el nivel de riesgo y de equipamiento, el ajuste de los recursos a las características comarcales, la diferencia entre fuego e incendio, así como la estimación del tiempo de intervención que evita que un incendio alcance la dimensión de catástrofe. El discurso político, en cambio, a partir de una lista de causas genéricas,

busca culpables o responsables en función de que quien hable sea el poder o la oposición. La diferencia básica radica en el apremio con el que el político siente que tiene que ofrecer una solución, sin poder esperar a disponer de una respuesta profesional. La gravedad de los problemas implicados y el relativo atraso profesional convierten este campo en una fuente inagotable de noticias para los medios de comunicación y en un tema favorito de crítica para la oposición. A medida, sin embargo, que los logros profesionales van dando una nueva configuración al sector, se deja sentir en el ámbito político la necesidad de alcanzar un consenso, al menos sobre las cuestiones más apremiantes y las líneas maestras que han de guiar unas intervenciones que requieren perdurar en el tiempo.

Esta nueva dinámica obliga a las Administraciones Públicas a asumir el liderazgo para dar coherencia al sector (R. Duroure, 1982), coordinando la diversidad de las tareas e intereses implicados. Su papel primordial es el diseño de programas que equilibren las demandas sociales expresadas en los discursos valorativos con las exigencias técnicas del discurso profesional. En los momentos de cambio social profundo —esto es, de mutación de las preferencias sociales—, este equilibrio requiere dos tipos de acciones. Por un lado, estimular a los científicos y los profesionales para que busquen nuevas alternativas técnicas, abriendo el campo a nuevas profesiones. Pero, al mismo tiempo, una política equilibrada tendrá que tratar de generalizar entre la población las reglas de comportamiento imprescindibles para no esquilmar los recursos o incurrir en demandas contradictorias. La transmisión de estas nociones básicas junto con las actitudes y los comportamientos requeridos definen los contenidos de los programas de socialización.

CULTURA FORESTAL Y OPINION PUBLICA. EL CASO DE GALICIA¹

Pudiera sorprender a primera vista que, dado el tono polémico que parece reinar en el debate sobre el monte, exista *un masivo consenso entre la población gallega respecto a la gran mayoría de los temas fundamentales y a la*

¹ Los datos están tomados de la *Encuesta para fundamentar las bases de un plan de divulgación forestal*, estudio realizado por ALEF-MB y SESFOR para la Consellería de Agricultura, Gandería e Montes, Santiago de Compostela, 1991. La investigación incluye una entrevista en el hogar a una muestra de 2.570 individuos, representativa de la población mayor de dieciocho años y estratificada por provincia, hábitat rural-urbano, altitud de éste (superior o inferior a los 400 metros) y comarca forestal; una encuesta a una muestra estratificada de 350 profesores de los centros de enseñanzas no universitarias situados en los núcleos de población incluidos en el diseño muestral de la encuesta a la población general; una encuesta postal enviada a todos los agentes forestales (404) y jefes de Comarca de Extensión Agraria (59), y que ha tenido un alto grado de respuestas (64,4 por 100); una encuesta postal a 100 empresarios del sector de la madera, y un análisis de contenido de los textos escolares (EGB, BUP, FP) y del tratamiento de los temas forestales en los diarios gallegos.

singular importancia que para Galicia representa este recurso, lo que permite hablar de una clara y generalizada conciencia colectiva. Hasta ahora, sin embargo, este amplio consenso ha venido adoptando más la forma negativa de un inconsciente atormentado que la de una conciencia manifiesta. Ello se debe a la recurrencia cíclica del problema de los incendios forestales y a la distracción casi obsesiva de los medios de comunicación con el fuego.

El dato más sobresaliente, y que ofrece un fundamento sólido a este consenso, es el hecho de que *la práctica totalidad de la población gallega estima que el monte y los bosques tienen que cumplir una triple función —ambiental, económica y social— y que estas tres funciones son compatibles entre sí* (gráficos 8-11). De acuerdo con esta opinión unánime, los incendios forestales constituyen el principal problema de degradación del medio natural (gráfico 7), por lo que la población reclama que no se deje el monte en las condiciones de abandono y deterioro generalizado en las que se encuentra.

En segundo lugar, el monte —en cuanto recurso de creciente valor— tiene una importante dimensión económica para algo más del 90 por 100 de los gallegos (gráfico 14), por lo que es necesario incentivar la producción de madera (gráfico 16). La repoblación forestal —incluso con especies de crecimiento rápido— se considera una forma de conseguir a un tiempo utilidad social y rendimiento económico, resultando más atractivo un monte arbolado que cubierto de matorral. Para la inmensa mayoría, el bosque constituye uno de los recursos con mayores potencialidades de futuro, acercándose su importancia actual a la de la carne o la energía hidroeléctrica, recursos con los que comparte también el carácter de renovable.

En la actualidad, sólo las industrias parecen obtener rentabilidad del monte. Los propietarios y la sociedad en general se encuentran, por el contrario, en una situación de equilibrio a la baja, en consonancia con la actitud generalizada de abandono (gráficos 5 y 17). En este punto es preciso subrayar que los propios industriales no sólo comparten esta opinión, sino que se muestran dispuestos a invertir, pero reclaman al mismo tiempo unas condiciones mínimas que hagan viable la inversión en el monte en condiciones similares a las de cualquier otro tipo de empresa. Uno de los requisitos indispensables para superar el carácter marginal que tienen los aprovechamientos forestales es, justamente, la dotación de profesionales —ingenieros, economistas, abogados, sociólogos...— que definan las características técnicas de los diferentes aprovechamientos y usos del monte, así como los modelos apropiados de gestión y el marco financiero, fiscal, institucional y, sobre todo ahora, comunitario que favorezca el desarrollo de la iniciativa empresarial. Un monte de calidad resulta inviable sin los servicios profesionales de apoyo. El momento resulta apropiado porque más de la mitad de los gallegos muestra una actitud favorable a participar en alguna inversión en el monte.

La capitalización del monte lleva necesariamente aparejadas dos activi-

dades, íntimamente ligadas entre sí. Se trata del desarrollo de una selvicultura moderna y la promoción decidida de empresas transformadoras, sobre todo de segundas y terceras transformaciones. Ambas estrategias constituyen los instrumentos básicos para conseguir unos bosques de calidad. Que la mayoría de la población hable de selvicultura, aunque no tenga grandes conocimientos sobre sus técnicas, representa una importante novedad, que hace referencia sobre todo a la demanda general de introducir tecnología en el monte y dar a los bosques tratamientos específicos. Por su parte, la promoción de la industria de transformación, a la vez que estimula una selvicultura de calidad, es la vía obligada para alcanzar el máximo valor añadido. Porque la opinión gallega sabe que de Galicia se exporta mucha madera sin transformar; por eso reclama unánimemente la mejora y la creación de industrias.

La opinión es, lógicamente, menos clara y decidida sobre las vías alternativas para alcanzar estos objetivos. Así, se deja sentir una falta de información sobre las especies forestales más idóneas, si bien la gran mayoría comparte la necesidad de regular los espacios destinados a los diferentes tipos.

Un debate similar al que concierne la decisión sobre el equilibrio entre las diferentes especies se reproduce respecto a los tipos de empresas de transformación a instalar. En este punto, la opinión muestra una fuerte capacidad discriminante: el 90 por 100 es partidario de la creación de fábricas de muebles, el 80 por 100 de tableros, el 60 por 100 de papel; pero casi un 60 por 100 se opone a la creación de fábricas de pasta de celulosa. Este último grupo está compuesto principalmente por jóvenes y población residente en las ciudades que no es propietaria de montes.

El cambio de una gran mayoría que está a favor de las transformaciones industriales de la madera por una importante mayoría opuesta a uno de los procesos que aporta mayor tecnología y valor añadido, descubre una disonancia y un punto de tensión. Ello tiene, sin duda, que ver con el entorno y las particulares condiciones en las que se ha venido realizando tal proceso, las crecientes exigencias ambientales y con el modelo de socialización o de *cultura forestal*. Esta situación y la importancia crucial de esta actividad exigen un tratamiento negociado con profesionalidad y con una decidida atención a la opinión pública, tal como reclaman la creciente preocupación por la calidad ambiental y el uso social del bosque, sobre todo en las áreas metropolitanas de las sociedades democráticas. A este respecto resulta interesante observar que, después del mar y la playa, el monte es el lugar de descanso preferido por los gallegos durante sus vacaciones. La mayoría afirma incluso estar dispuesta a pagar una entrada a zonas de bosque especialmente acondicionadas para estos usos recreativos.

En contraposición con esta alta valoración social del monte y la disposición a utilizarlo como lugar de descanso, la mayoría señala la escasez de

áreas de recreo y su deficiente estado de conservación, problema que conocen porque afirman acudir a ellas. También se deja sentir una carencia de montes o parques periurbanos capaces de aligerar la presión de las ciudades, así como el escaso desarrollo de actividades de turismo en torno a los diferentes tipos de montes (*Plan Forestal de Galicia*: 384-389 y 544-547). A pesar de estas carencias, no sorprende que la opinión gallega atribuya un cierto mayor peso al monte como recurso económico que como lugar de ocio.

La práctica unanimidad sobre la compatibilidad de las tres principales funciones del bosque (gráfico 11) se convierte en el principal punto de referencia para el desarrollo de una *cultura forestal* moderna y en una base sólida para la puesta en marcha del recién aprobado *Plan Forestal de Galicia*, que establece un modelo de monte a alcanzar en cuarenta años.

Más allá de la imagen conflictiva del sector, ligada en gran medida al sentimiento de impotencia ante unos incendios generalizados e iterativos, es preciso destacar este masivo consenso de los gallegos, que creen —en su práctica totalidad— que pueden llegar a disponer de un monte capaz de proporcionar a un tiempo un medio físico de gran calidad, atractivos lugares de ocio y una de las principales fuentes de riqueza.

En la base de este consenso hay que destacar dos elementos. En primer lugar, la inercia de una cultura tradicional que, hasta hace todavía muy poco tiempo, extraía del monte y de sus árboles —castaño y roble en particular— alimentos, materias primas para la explotación ganadera y los materiales básicos para la construcción de la casa, los muebles y los aperos de labranza. Este aprovechamiento integral de las dos especies más familiares, a partir de la elemental tecnología disponible (presente todavía hoy en los más de seiscientos aserraderos familiares obligados a una rápida reconversión), siempre resultó compatible en las parroquias gallegas con sus formas de ocio, en particular la celebración a la sombra de las fiestas. El segundo elemento define el soporte de esta generalizada cultura tradicional. Se trata del hecho de que, todavía hoy, una de cada dos familias y casi uno de cada tres gallegos adultos son propietarios de montes (cuadro 1).

Mención aparte reclama la dramática experiencia de una población que se ha visto forzada a convivir durante décadas con los incendios forestales. Casi la mitad afirma haber visto de cerca el comienzo de un incendio forestal (gráfico 2), por lo que no puede sorprender que la inmensa mayoría perciba que *los montes gallegos están sometidos a un elevado riesgo de incendio* (gráfico 1). El factor de riesgo básico es el estado generalizado de abandono, tanto por parte del propietario como de las Administraciones Públicas, que no los dotan de las infraestructuras necesarias (gráfico 3). La atención con la que la población sigue esta problemática la pone de manifiesto el hecho de que tres cuartas partes de los gallegos hayan percibido y aprueben las nuevas medidas adoptadas por la Xunta de Galicia antes

incluso de concluir el primer año de implantación experimental (gráfico 4). El éxito conseguido por la nueva organización profesional de lucha contra los incendios forestales parece estar trocando el sentimiento de impotencia por una generalizada voluntad inversora y de forestación, de acuerdo con la convicción generalizada de que es posible reducir fuertemente el número de incendios, o incluso llegar prácticamente a suprimirlos (gráfico 6).

Que, en estas cuestiones, los porcentajes de *No sabe-No contesta* sean muy pequeños —y siempre menores entre la población rural— revelan que se trata de un tema del que todo el mundo —y muy en particular los agricultores— tiene opinión. Esta nueva actitud, que cree posible y exige acabar con los incendios, puede considerarse el punto de arranque —punto cero— de una *cultura forestal* moderna, que reconoce el valor ecológico, social y económico del monte como patrimonio colectivo. Ello sólo será posible en la medida que los propietarios y la población general cuiden o aprecien el monte, para lo cual la gran mayoría piensa que es indispensable que resulte rentable a los propietarios y útil a todos.

LAS FORMAS DEL DISCURSO FORESTAL Y EL LIDERAZGO ECOLOGISTA

El lenguaje de una comunidad es el que organiza su experiencia y da forma a su mundo y a su realidad social, porque ésta tiene la necesidad de ser dicha para ser comprendida o resultar asequible. Por esta razón, el discurso que producen los diferentes grupos constituye uno de los indicadores sociales más significativos.

A pesar de su plurisemia, el análisis de las líneas maestras de su estructura, así como el establecimiento en él de niveles de significación, constituyen campos ampliamente estudiados y que aportan una evidencia complementaria a los métodos cuantitativos (F. Conde, 1990).

Por su riqueza simbólica y por la dificultad de eliminar su impacto, los diferentes grupos en conflicto tienden a apoderarse del lenguaje o incluso a secuestrarlo, adquiriendo de esta forma el lenguaje, tal como señala K. Mannheim, el carácter de arma política, sobre todo en manos de grupos minoritarios separados del poder y desposeídos de los medios de acción directa. Por su parte, los grupos dominantes tienden a combinar formas difusas con formas directas de ocupación del discurso, mediante el control de los medios de comunicación y de campañas de publicidad. El lenguaje se transforma así en una práctica social, mediante la cual los diferentes grupos intentan imponer su discurso como lenguaje común. El resultado de esta situación y, a la vez, el indicador que mejor detecta su grado de vigencia es la existencia, y más aún el predominio, de un discurso polémico. En este tipo de discurso, lo que está en juego o se discute no es lo

directamente dicho por cada uno de los hablantes, sino sus presupuestos latentes, los cuales son algo así como los fantasmas colectivos a través de los que los grupos toman conciencia de los conflictos reales en los que se encuentran comprometidos.

En este contexto, el horizonte obligado del discurso científico-profesional es la elaboración de categorías unívocas —esto es, precisas— que puedan alcanzar validez general. Junto a este discurso, que se esfuerza por delimitar el alcance de su sentido en aras del rigor científico, se desarrolla otro discurso abierto y pluriséptico que busca abrir nuevos campos al sentido. De acuerdo con este planteamiento, el desarrollo y el análisis del discurso profesional sobre el monte y el sector forestal tienen que tratar de diferenciarse de cualquier forma de discurso valorativo, cargado ideológicamente. Que se incrementen los ámbitos de profesionalización del discurso forestal y se reduzca su tono polémico no implica que vaya a disminuir el peso del discurso valorativo, pero evitará su confusión y la suplantación del uno por el otro. La observación de lo que sucede en los países forestalmente más avanzados muestra que ambos discursos crecen a la par. Esto es, a medida que se desarrolla un bosque de alta calidad, crece también la conciencia colectiva y se amplía el debate sobre la necesidad de encontrar formas más avanzadas de equilibrio dentro de su triple función básica.

Indicador de un déficit profesional es la opinión casi unánime de que los montes gallegos están mal o muy mal cuidados, así como la consecuencia lógica de su enorme riesgo de incendio (gráficos 1 y 3). Coherente con esta opinión es el hecho de que el único profesional que en la actualidad llega al monte privado gallego (97 por 100 del total) es el guarda o agente forestal, la mayoría de los cuales (55 por 100) manifiesta no tener suficientes conocimientos técnicos para asesorar a los propietarios. Los pocos ingenieros disponibles se concentran en los puestos de dirección de la Administración y en un muy escaso número de empresas transformadoras. Por lo demás, la presencia de otros profesionales en el monte es prácticamente nula.

En consonancia con la escasa diferenciación profesional en el tratamiento del monte gallego, la población general, y más aún los docentes, estima que son las organizaciones ecologistas las que muestran mayor interés por el monte (8,6 sobre 10) y las que tienen un más elevado nivel de conocimientos (7,7), frente a la Universidad (5,3 y 5,5; cuadros 1 y 2). Resultan de interés estas opiniones de los docentes de los niveles no universitarios porque, además de atribuir un mayor grado de interés e incluso de conocimientos a los ecologistas que a la propia Universidad en el ámbito forestal, ponen al mismo tiempo de manifiesto una doble disonancia. Si a la Universidad la perciben con algo más de competencia profesional que de interés, aunque ambos valores se sitúan en umbrales bajos, a los ecologistas les asignan un nivel de conocimientos sensiblemente inferior a su grado de interés por los temas forestales. Estos datos señalan que, en el

ámbito forestal, las organizaciones ecologistas ejercen hoy en Galicia un liderazgo claramente más significativo que la institución universitaria, si bien tal liderazgo parece resentirse de un déficit de profesionalidad.

Un déficit similar aparece igualmente en los libros de texto de los primeros niveles de enseñanza (EGB, BUP y FP). En general, en todos ellos el monte y el bosque tienden a estar ausentes. Cuando se mencionan es en referencia a los bosques lejanos, en particular de las zonas tropicales, y los conceptos empleados traslucen un desconocimiento de la silvicultura, y la terminología utilizada refleja una óptica exclusivamente conservacionista hacia el monte (Xunta de Galicia, 1991 y 1992).

La deficiencia de cultura profesional se pone de relieve, asimismo, entre la población general en un hecho significativo. El 60 por 100 afirma tener en su casa alguna habitación con el piso de madera, lo que contribuye a ennoblecer la vivienda, pero un 36,65 no sabe de qué especie es, porcentaje que en las ciudades asciende al 53 por 100. De un modo similar, la población urbana tampoco dispone de las nociones más elementales sobre los turnos de rotación y los niveles de rentabilidad de las diferentes especies, ni conoce sus diferentes usos. En consonancia con estos hechos, los habitantes de las ciudades (y también los partidos políticos) reciben de la población general, y más aún de los enseñantes, claros suspensos en su grado de interés y nivel de conocimiento sobre el monte y los bosques.

Esta situación está ligada, sin duda, con la falta de estudios especializados —tanto de formación profesional como universitaria— y de programas equilibrados de divulgación de los conceptos básicos. La huida hacia adelante de los grupos sociales que lideran el discurso valorativo y el establecimiento de los objetivos socialmente legítimos o aceptables, sin un soporte profesional sólido, puede tener consecuencias graves a la hora de intentar implementar una política de desarrollo de los recursos forestales. La situación resulta más alarmante si los partidos políticos mantienen un nivel de interés y de conocimiento del sector deficiente.

Más allá del generalizado —y en los temas centrales unánime— consenso sobre el valor del monte y la compatibilidad de sus funciones, existe un tema en el que se centra el discurso valorativo y que tiende a aparecer sistemáticamente en los medios de comunicación, sobre todo en la prensa, como la clave hermenéutica de la persistencia de los incendios. Se trata de las características perjudiciales del eucalipto (gráfico 21) y de las fábricas de pasta para papel. En este ámbito concreto se ha instalado un discurso estereotipado y polémico, que tiende a contaminar todo el sector y en el que los grupos nacionalistas y ecologistas asumen el protagonismo de la defensa del país y del monte, a través de la categoría simbólica y difícil de operacionalizar de «*especies autóctonas*»².

La lejanía de una Administración Forestal centralizada y ajena al monte

² Un análisis fenomenológico de las actitudes asociadas al empleo de este término pareciera apuntar a una trasposición al ámbito forestal de la noción de xenofobia.

privado, el criterio economicista con el que durante varios lustros han actuado las principales empresas, sin preocuparse suficientemente de invertir en el monte ni de atender a las nuevas demandas sociales en proceso de emergencia controlada, han estimulado el surgimiento de este discurso en Galicia. Incendios, plantación de especies de crecimiento rápido (hace todavía pocos años pinos y ahora eucaliptos), contaminación por fabricación de pasta para papel y degradación ambiental, constituyen los elementos de este discurso cerrado.

La carencia de una cultura profesional sólida facilita el recurso a una visión dualista, que supone detrás de los incendios una trama de culpables o incluso una conjura, en lugar de plantear el problema de la catástrofe en los términos técnicos apropiados de los excesivos niveles de riesgo (gráfico 1), derivados de la falta de un tratamiento profesional adecuado y del abandono generalizado del monte. A esta primera reducción semántica corresponde el discurso sobre la intencionalidad de los incendios, que tiende a seducir en general a los responsables políticos y al que recurren, asimismo, los grupos ecologistas y nacionalistas, denunciando el afán de lucro de las multinacionales.

Este dualismo se reproduce en otros ámbitos adoptando diferentes registros. La contraposición campo-ciudad es tal vez el más representativo. El discurso ecologista, producido en las ciudades, elabora como instrumento de subordinación del campo a sus intereses el argumento de la defensa del país. En realidad, acaba reduciendo a los propios campesinos a una simple parte integrante del medio físico, negándoles el derecho a introducir en sus propiedades la tecnología que hace posible los altos niveles de vida de la ciudad. La propiedad forestal, en lugar de constituir un patrimonio, acaba convirtiéndose, por efecto de este discurso, en una simple servidumbre. De esta forma, el desarrollo forestal de Galicia queda liderado más por los simplificados intereses de ciertos grupos urbanos que por los del propio campo y sus propietarios.

El lenguaje polémico, que predomina claramente en los medios de comunicación, hace difícil y lenta la entrada de nuevos actores y la emergencia de un nuevo discurso más profesionalizado y que acepta el reto de hacer compatibles la diversidad de especies y las diferentes funciones del bosque. La fuerza de las connotaciones simbólicas de este discurso —que vincula las señas de identidad a la calidad del medio natural—, unida a la imagen de experiencias negativas dentro del sector y a la reducida capacidad de liderazgo de la débil Cultura Profesional, han inclinado a no pocos políticos a la ambigüedad y la indecisión.

El instrumento básico para conseguir estos objetivos es, sin duda, el desarrollo de una *cultura forestal* altamente profesionalizada, que permita reducir el tono polémico del discurso y las disonancias entre el grado de interés por el monte y el nivel de conocimientos de su lógica. Se trata, en definitiva, de conseguir para la selvicultura un estatuto profesional similar

al de la agricultura, a pesar de que el carácter más intensivo de ésta tiene un impacto ambiental incomparablemente más fuerte. Se intenta, en segundo lugar, diseñar unas condiciones que hagan viable a los propietarios mantener un sistema de ocupación del territorio que evite el despoblamiento y el abandono generalizado de las tierras a monte. Se busca, en fin, conseguir que el propietario produzca los bienes y servicios que el nuevo tipo de sociedad necesita y demanda.

En un contexto profesionalizado, el discurso valorativo obligará, por su parte, a mantener la atención en los objetivos y contribuirá a evitar los riesgos de reducir la envergadura de las diferentes funciones del monte. Es preciso, en este sentido, reconocer que la actual preocupación primordial por las cuestiones ambientales tiene una deuda prioritaria, justamente, con la labor realizada durante los últimos veinte años por los grupos ecologistas.

ECOLOGIA Y CULTURA FORESTAL

De acuerdo con las necesidades de cada época, los objetos van cobrando nuevos valores y, con ellos, un sentido también nuevo. Así, por ejemplo, un bosque, en vez de un lugar de recolección de madera, de frutos silvestres y material de construcción o el lugar de caza y de culto sagrado, puede convertirse en un espacio de producción intensiva de algunos de esos recursos o de otros tales como actividades de ocio, reserva genética o laboratorio de renovación ambiental.

Según se adopte una perspectiva estática naturalista o histórica de carácter dinámico, el bosque tenderá a ser considerado sólo como un patrimonio a conservar intacto o como un recurso renovable a aprovechar con lucidez. La diferencia entre ambas reside en el rechazo o la aceptación de la intervención sistemática del hombre en los ciclos vitales de las diferentes poblaciones de seres vivos que conforman y pueblan los bosques. En este punto confluyen —para darse la mano o enfrentarse— la ecología y la cultura.

Desde la tradición histórica, así como desde una óptica sociológica, es claro que es la intervención del hombre la que da sentido a la naturaleza, humanizándola. El ser humano desde su origen, esto es, desde que el hombre es hombre, sintió la primigenia necesidad de dar nombre a todos los seres. El poder de esta palabra humana es lo que ha ido reduciendo el caos a orden, en un gigantesco esfuerzo cosmogónico. Si bien el ser humano no parece que sea el creador del universo, sin duda, aparece como el único capaz de darle sentido, configurándolo según su voluntad y sus designios. Es precisamente la fuerza de esta palabra humana, fraccionada en mil discursos científicos a los que la sociología se ha incorporado con decisión, la que abre brecha en el caos mediante una implacable guerra hermenéutica. Desde esta óptica y tal como señala Martínez Hermosilla, la

ecología es, en primer lugar y antes de nada, ecología social o sociología ecológica, porque los demás seres que nos acompañan en la aventura de la vida o de la simple existencia sólo pueden recibir su sentido de nosotros. Tanto los recursos naturales como la ciencia que trata de estudiarlos y dar razón de ellos —la ecología—, únicamente adquieren sentido integrados en la cultura, dado que lo específico del hombre no es la naturaleza, sino la historia.

Esta visión reconoce los ciclos vitales del bosque, pero sabe que le es dado intervenir en ellos para acelerar o retardar, conservar o mejorar, simplificar o diversificar sus ritmos de acuerdo con nuestras necesidades y tratando de mantener su equilibrio e integrarlos en nuestra vida. En consecuencia, el impacto ambiental no se deriva de la introducción de elementos naturales o de especies, sino de los modos de gestión humana del medio. El calificativo de bueno o malo no debería, en consecuencia, predicarse de ningún elemento o especie natural, sino de la gestión, que puede resultar más o menos acertada, según el balance beneficio/perjuicio de sus efectos. Investigaciones empíricas recientes parecen avalar este postulado historicista (R. Calvo de Anta, 1992).

El cuidado del medio no tiene como propósito la conservación en sí de todo, como si se tratase de un museo universal, sino de una gestión acertada que no hipoteque el futuro por malversación del presente, pero que tampoco renuncie al presente por un hipotético futuro sin más base que ciertos imaginarios.

Lo propio del ser humano —lo que nos diferencia del resto de los seres que comparten nuestra arriesgada aventura de vivir— es nuestra capacidad, más exactamente necesidad, de renovar a diario nuestro medio, mejorando la calidad de nuestra existencia. Esta particular circunstancia del ser humano es la que llevó a Ortega a afirmar que el hombre es libre a la fuerza, porque no podemos dejar de elegir ahora, a pesar de los riesgos que implican nuestras decisiones. Por suerte, no sólo el hombre tiene capacidad de adaptación. También la tienen los ciclos de la naturaleza con su enorme potencial de combinar equilibradamente procesos acelerados con otros más estabilizados, o, en términos forestales, bosques productivos y bosques climáticos. Ello no puede, sin embargo, ahorrarnos el esfuerzo de entenderlos para respetar sus leyes, a la vez que conseguimos un cierto grado de control o de libertad sobre ellos, en orden al aprovechamiento y la capitalización de los recursos que necesitamos.

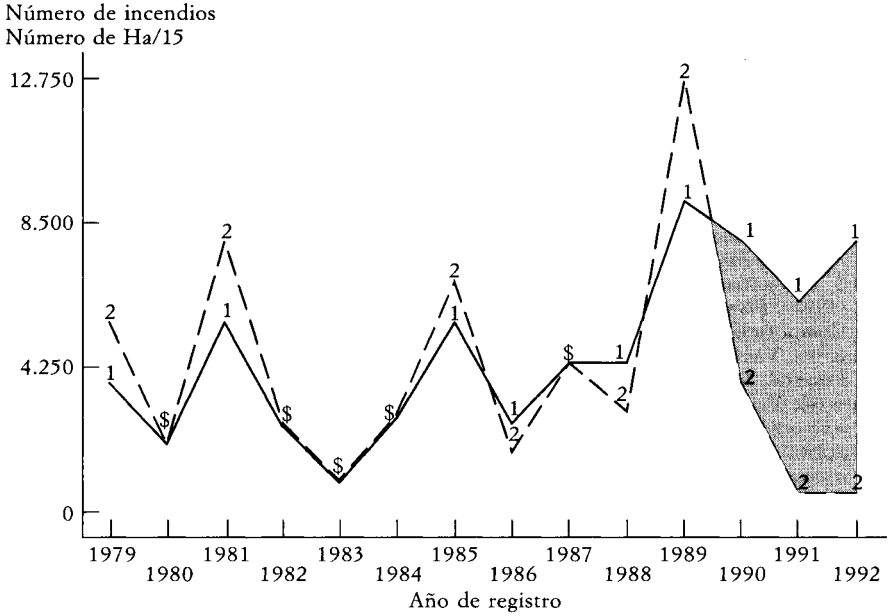
El intento de dar un nuevo sentido al bosque, en consonancia, por un lado, con su carácter de patrimonio colectivo y fuente de recursos renovables de primera y creciente necesidad y, por el otro, con las aportaciones de las diferentes ciencias y profesiones derivadas de ellas, constituye, justamente, el fundamento del concepto de *cultura forestal*.

BIBLIOGRAFIA

- ABBOTT, A. (1988): *The System of Professions. An Essay in the Division of Expert Labor*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Actualidad forestal de Galicia* (1989-1991), Servicio de Publicaciones BBV.
- ARBORA. UNIÓN DE SELVICULTORES DEL SUR DE EUROPA (1992): *De la forêt cultivée à l'industrie de demain*, Dax, Conseil Général des Landes.
- ASSOCIATION INTERPROFESSIONNELLE DES FORETS ET BOIS EN AQUITAINE (1990): *De la Forêt cultivée à l'industrie de demain. 1 et 2*, Bordeaux, Actes du 2^e Colloque.
- CALVO DE ANTA, ROSA (1992): *El Eucalipto en Galicia: Sus relaciones con el Medio Natural*, Universidad de Santiago, Santiago de Compostela.
- CONDE, F. (1990): «Un ensayo de articulación de las perspectivas cuantitativas y cualitativas en la investigación social», *REIS*, 51: 91-117.
- CONSELLERÍA DE AGRICULTURA, GANDERÍA E MONTES. XUNTA DE GALICIA (1990): *Plan de lucha contra incendios forestales*.
- (1991): *Evaluación de los sistemas operativos de la nueva organización de defensa contra incendios forestales en la zona piloto de Mabía-Barcala*, Estudios e Iniciativas Forestales, S. L., Santiago de Compostela.
- (1992): *Plan Forestal de Galicia*, Estudios e Iniciativas Forestales, S. L., Santiago de Compostela.
- DANS DEL VALLE, FRANCISCO (1992): *La Asociación Forestal de Galicia*, Economía Política Forestal, Santiago de Compostela.
- DANS DEL VALLE, FRANCISCO, y ROMERO GARCÍA, ANGEL (1990): *Propuesta para la creación de una organización de defensa contra los incendios forestales en Galicia*.
- DIRECCIÓN XERAL DE MONTES. XUNTA DE GALICIA (1985): *Estudio de la viabilidad del asociacionismo forestal en Galicia*, FEUGA, Santiago de Compostela.
- DIRECCIÓN XERAL DE MONTES E MEDIO AMBIENTE NATURAL (XUNTA DE GALICIA) y UNIÓN DE SELVICULTORES DEL SUR DE EUROPA (1992): *Economía Política Forestal*, Santiago de Compostela (citado como EPF).
- DUROURE, R. (1982): *Propositions pour une politique globale Forêt - Bois*, Revue Forestière Française, Nancy.
- FAO (1981): *World list of forestry Schools*, Forestry Papers, Roma.
- (1991): *Bosques 1986-1990*, Documentación, Roma.
- GUILLÉN, MAURO (1990): «Profesiones y burocracia. Desprofesionalización, proletarización y poder profesional en las organizaciones complejas», *REIS*, 51: 35-43.
- KALAMORA, R., y SAVOYE, A. (1986): *La forêt pacifiée. Sylviculture et Sociologie au XIX^e Siècle*, París, L'Harmattan.
- KAUMAN, Walter G.: *El subsector forestal y las nuevas tecnologías*, EPF.
- MAISON DES SCIENCES DE L'HOMME D'AQUITAINE y CENTRE D'ANALYSE POLITIQUE COMPARÉ (1989): *Politiques Forestières Comparées, 1 et 2*, Bordeaux.
- MARTÍNEZ HERMOSILLA, Paulino: *Las funciones del bosque en el siglo XXI*, EPF.
- MARTRES, Jean Louis: *L'avenir de la politique forestière*, EPF.
- MEYER, J., y ROWAN, B. (1977): «Institutionalized organizations: Formal Structure as myth and ceremony», *American Journal of Sociology*, 83.
- MINISTÈRE DE L'INDUSTRIE ET DE LA RECHERCHE (1983): *L'Ecologie: Le défis d'une science en temps de crise*, París.
- PEACE, David (1991): *World wood*, Edit. Milled Freeman Publ.
- PÉREZ VILARIÑO, JOSÉ (1987): «Racionalidad y control en las organizaciones complejas», *REIS*, 39: 129-139.
- (1989): «Economía política forestal y estrategia organizativa», *Agricultura y Sociedad*, 51.
- *La Unión de Selvicultores del Sur de Europa*, EPF.
- RODRÍGUEZ, JOSÉ (1987): «Estructura de la profesión médica española», *REIS*, 39: 141-166.
- ROMERO GARCÍA, ANGEL (1988): «El papel de la Administración en la mejora del monte privado», *Jornadas sobre Estrategias Municipales para la Protección y Mejora de los Recursos Forestales*, Mariñán (Coruña).
- Sciences et Industries du Bois* (1988), 1 et 2, Nancy.
- 10.^o Congrès Forestier Mondial (1991), Actes (1-6), París.

GRAFICO 0

Evolución de los incendios forestales en Galicia
(Número de incendios y superficie quemada)



1 ——— Número de incendios registrados.

2 - - - Superficie quemada en Ha/15. Para calcular el número de hectáreas reales hay que multiplicar el valor del año por 15.

█ Grado de eficacia de la nueva organización de vigilancia y extinción (SGVEIF).

§ Punto de concurrencia.

Datos del año 1992, referentes al período enero-agosto.

FUENTE: Consellería de Agricultura, Gandería e Montes, Xunta de Galicia, 1991. Elaborado por José Luis Delgado Fernández para el proyecto de colaboración USSE-CEDRE.

GRAFICO 1

Riesgo de incendios que soportan los montes gallegos
(Población general)

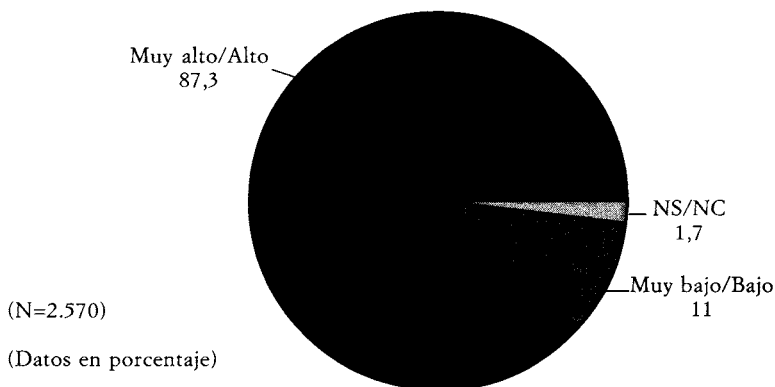


GRAFICO 2

Población que ha visto comenzar un incendio forestal
(Población general)

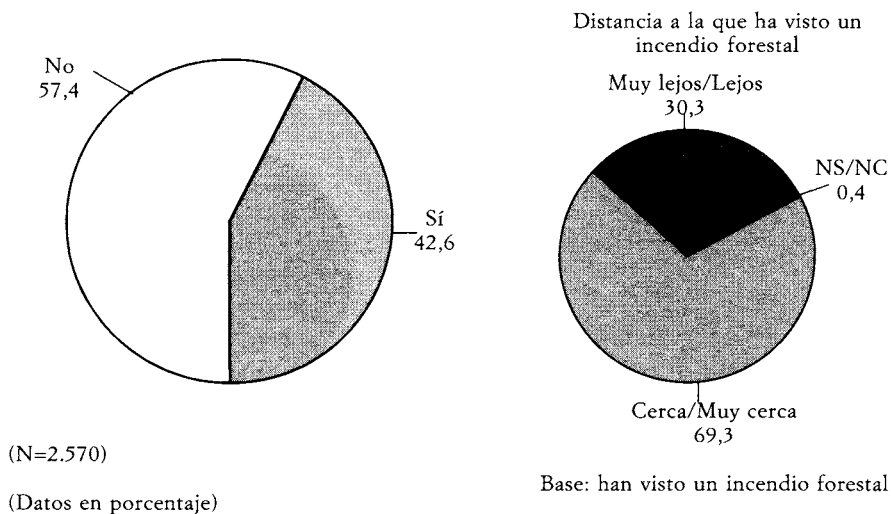


GRAFICO 3

Factores de riesgo de incendio más relevantes en la zona de residencia
(Población general)

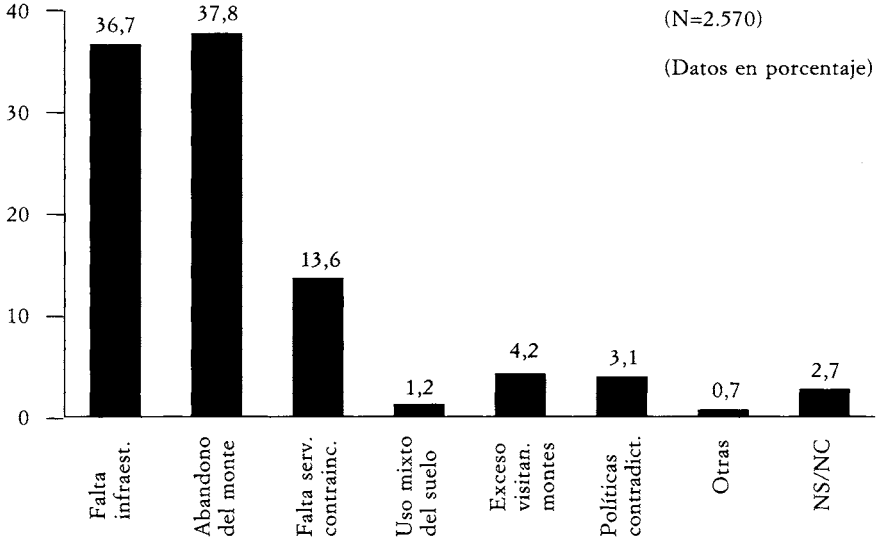


GRAFICO 4

Conocimiento del servicio de defensa contra incendios
(Población general)

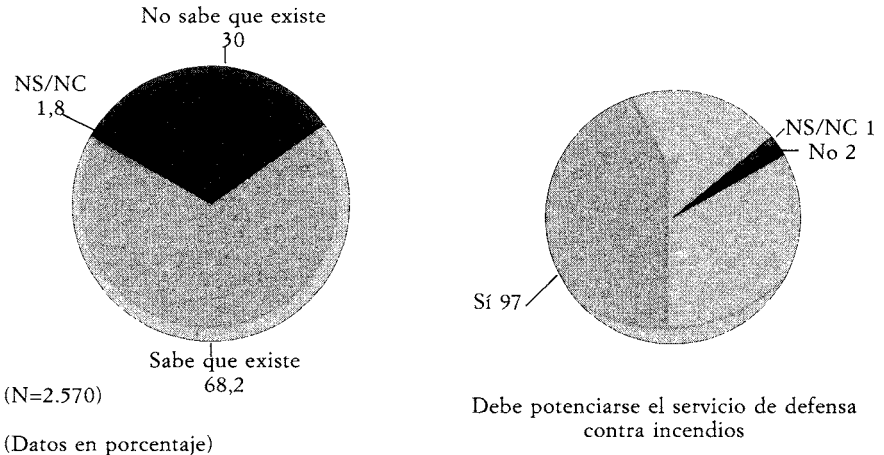


GRAFICO 5

Motivos más importantes por los que no se cuida el monte

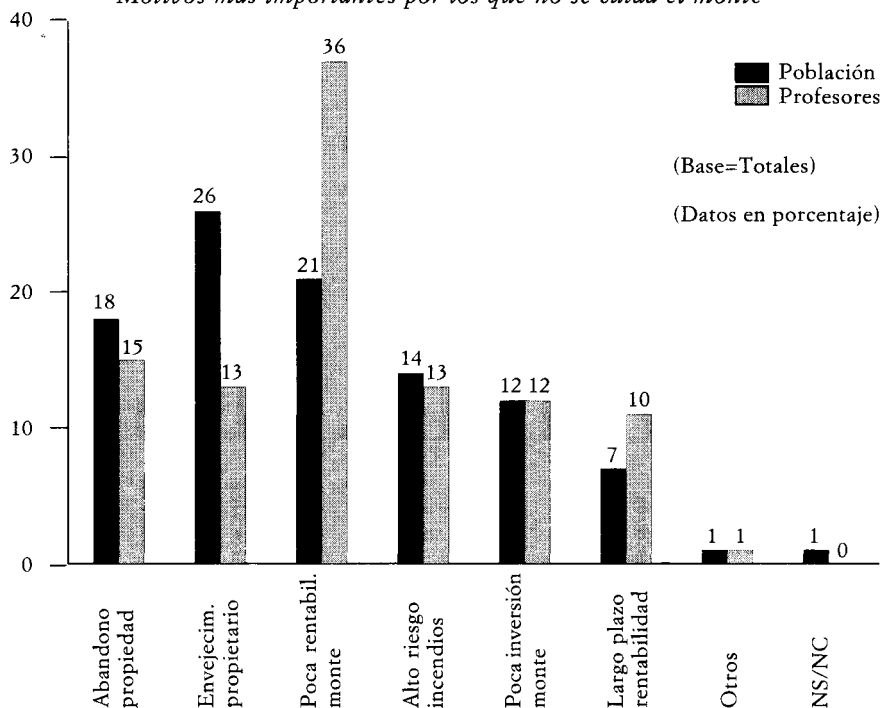


GRAFICO 6

Expectativas de reducción de los incendios forestales
(Población general)

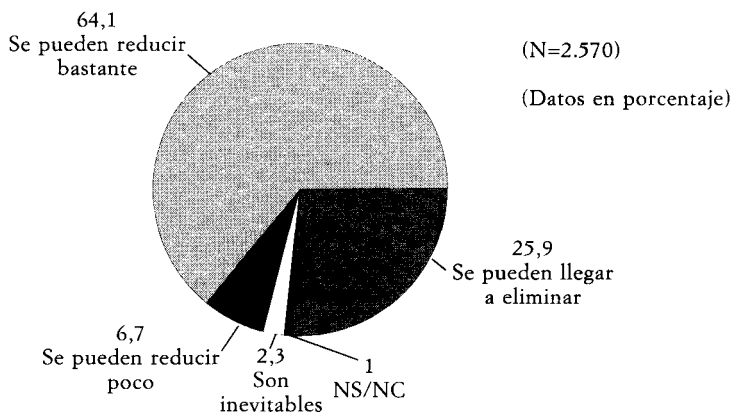


GRAFICO 7

Problemas de degradación ambiental más importantes

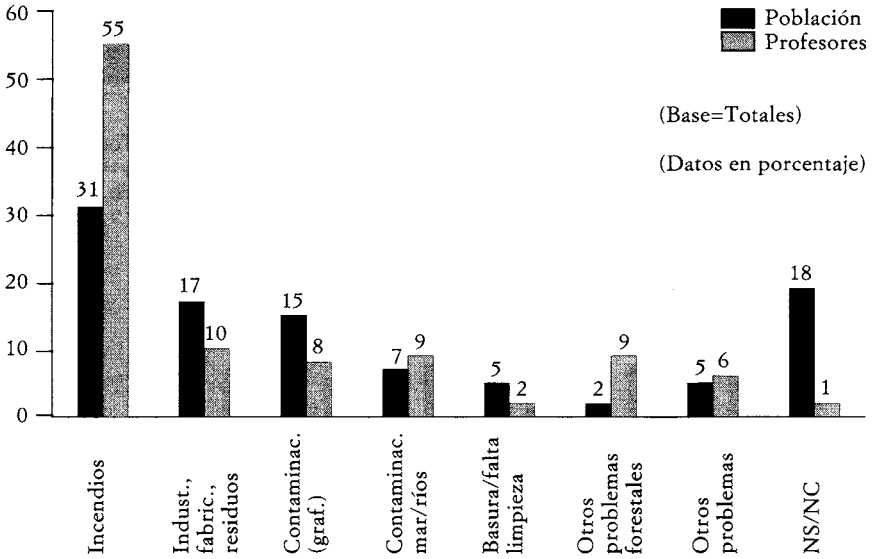


GRAFICO 8

Función ecológica del monte

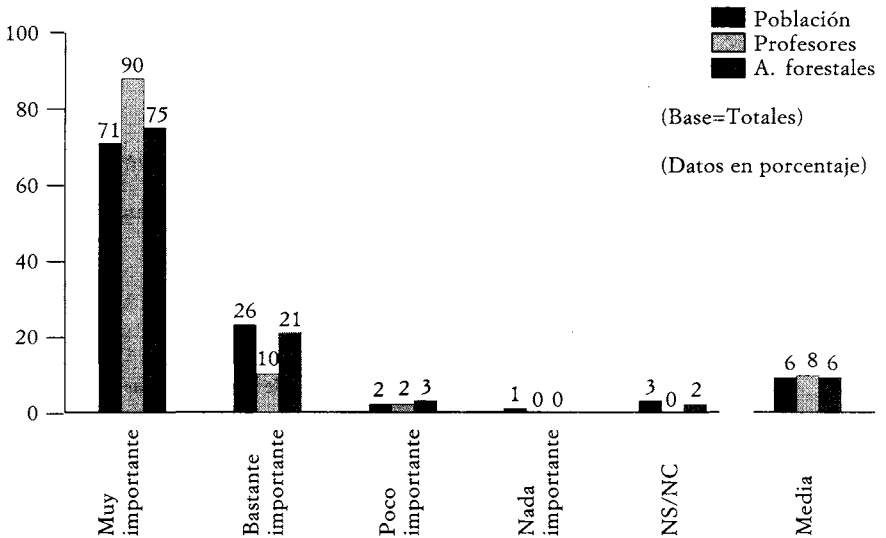


GRAFICO 9

Función económica del monte

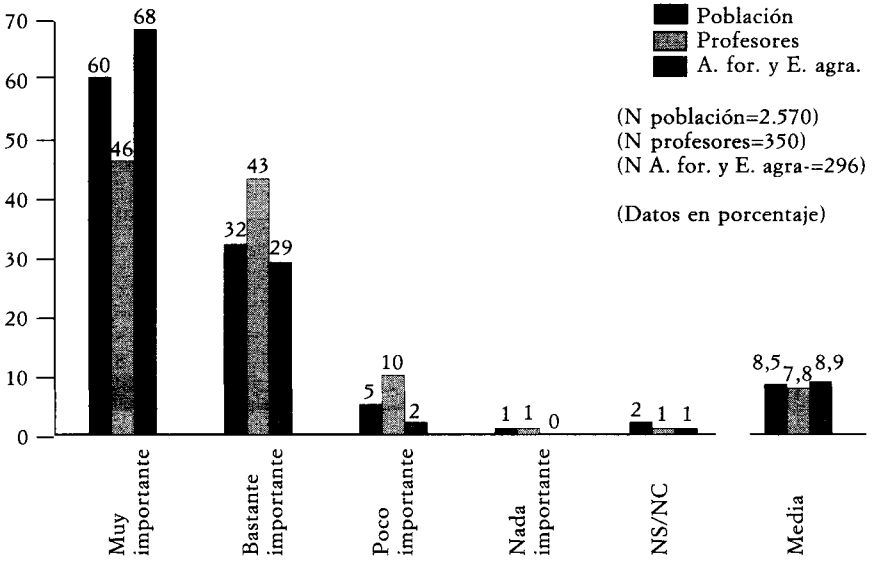


GRAFICO 10

Función social del monte

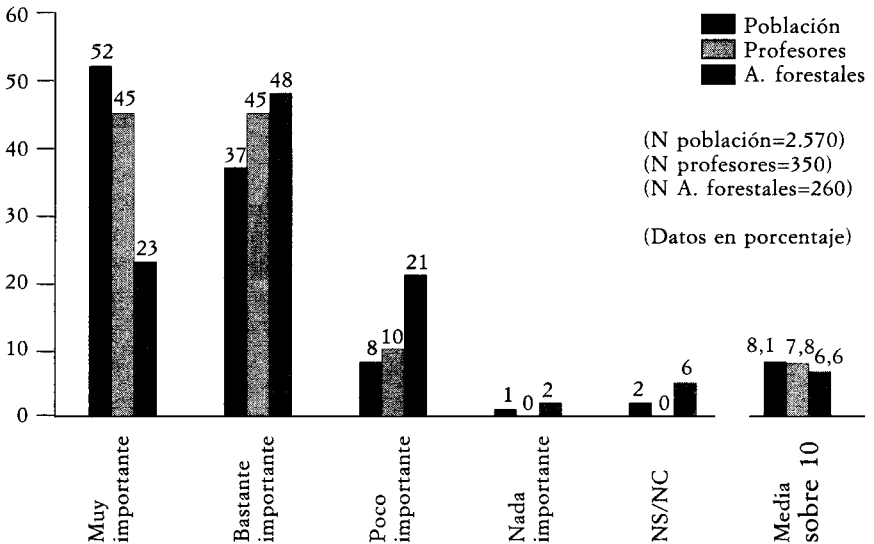


GRAFICO 11

Compatibilidad de las funciones del monte

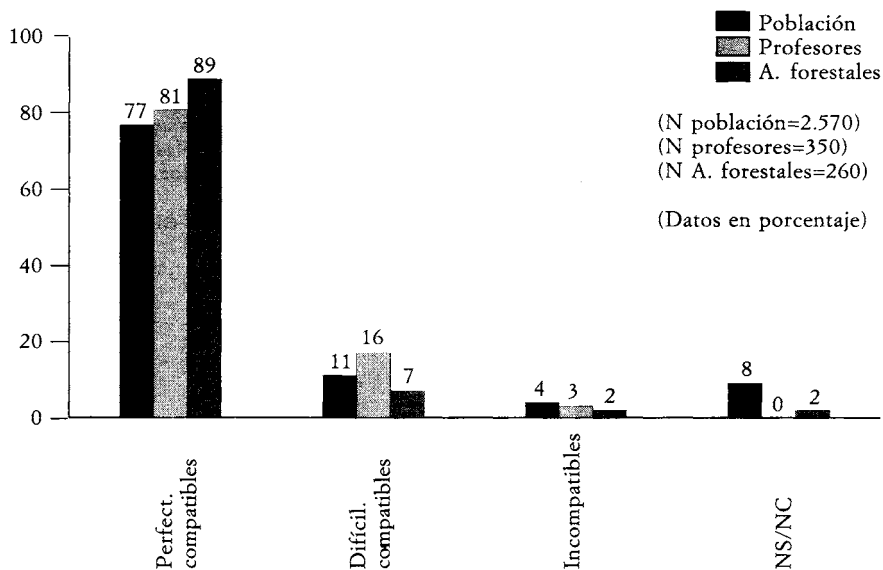
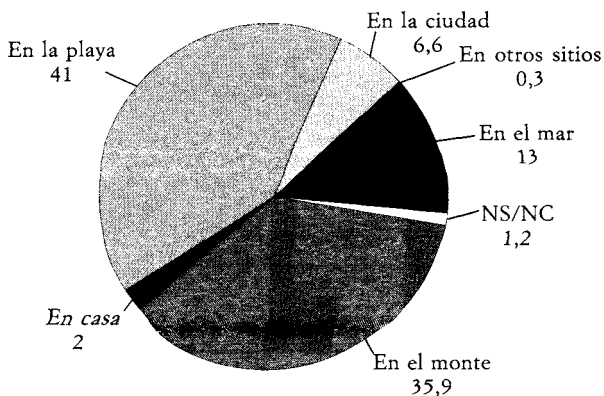


GRAFICO 12

Lugares de ocio preferentes
 (Población general)

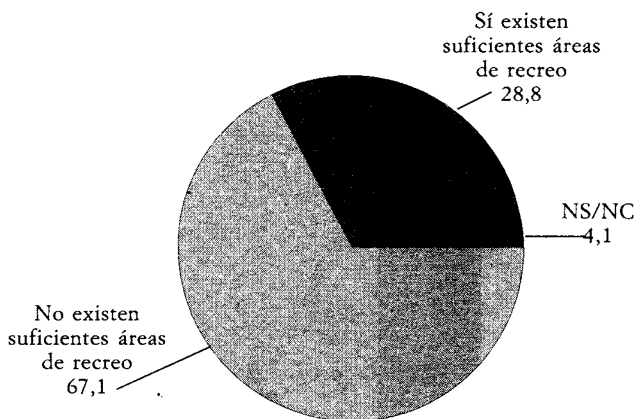


(N=2.570)

(Datos en porcentaje)

GRAFICO 13

Suficiencia de áreas de recreo en los montes gallegos
(Población general)

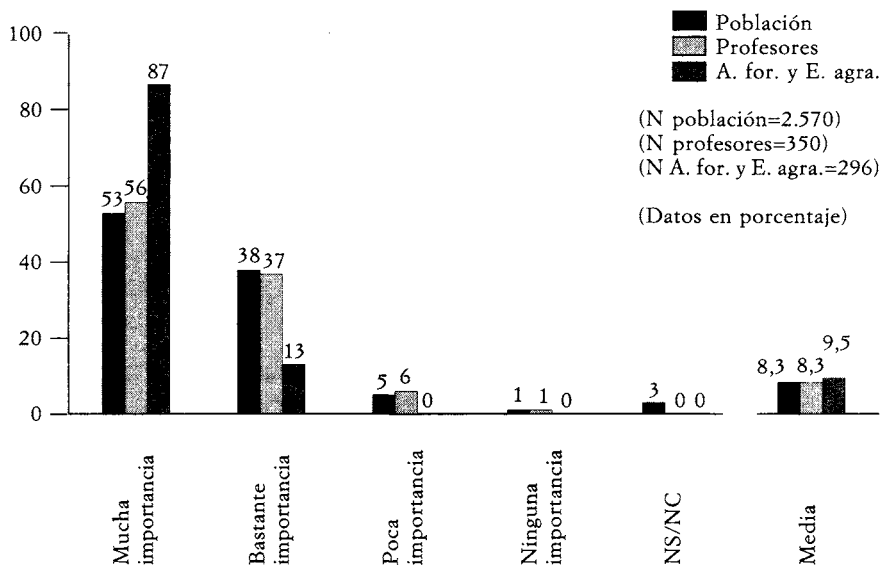


(N=2.570)

(Datos en porcentaje)

GRAFICO 14

Importancia de la producción forestal como recurso económico para Galicia



(N población=2.570)

(N profesores=350)

(N A. for. y E. agr.=296)

(Datos en porcentaje)

GRAFICO 15

La actividad de los industriales de la madera, ¿es beneficiosa para el monte?

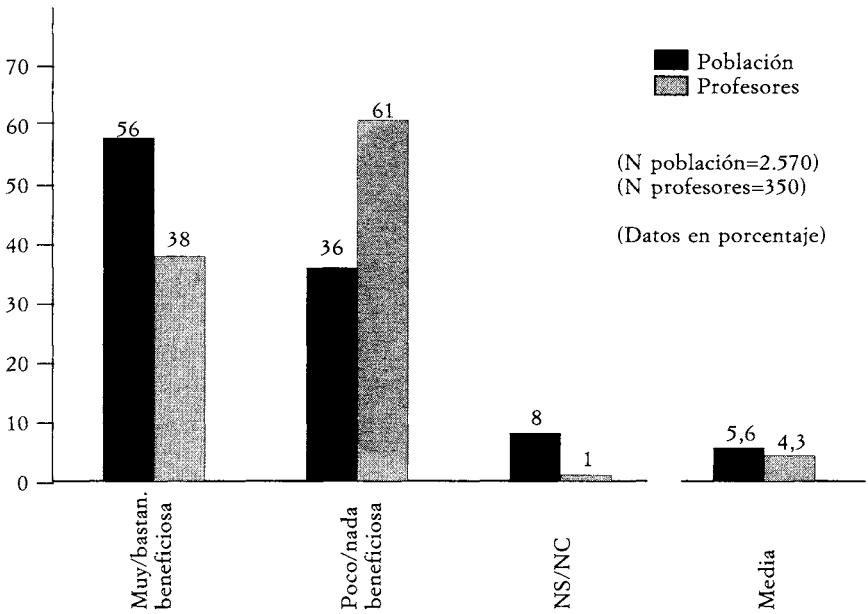
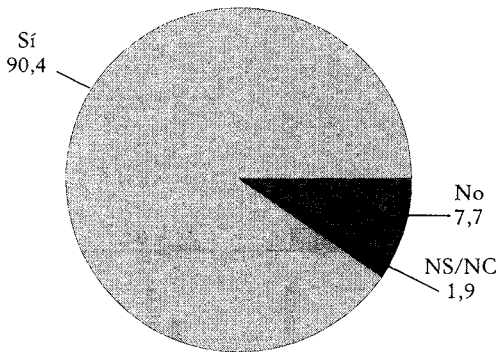


GRAFICO 16

¿Debe desarrollarse la producción de madera en Galicia?
(Población general)



(N=2.570)

(Datos en porcentaje)

GRAFICO 17

Rentabilidad del aprovechamiento del monte para los diferentes agentes
(Población general)

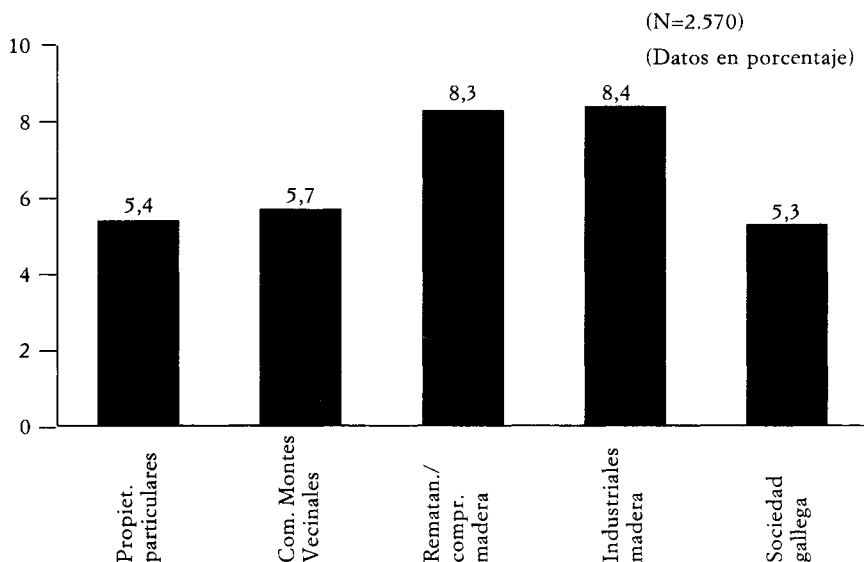


GRAFICO 18

Grado de información acerca de la calidad y tipo de madera que necesita la industria gallega

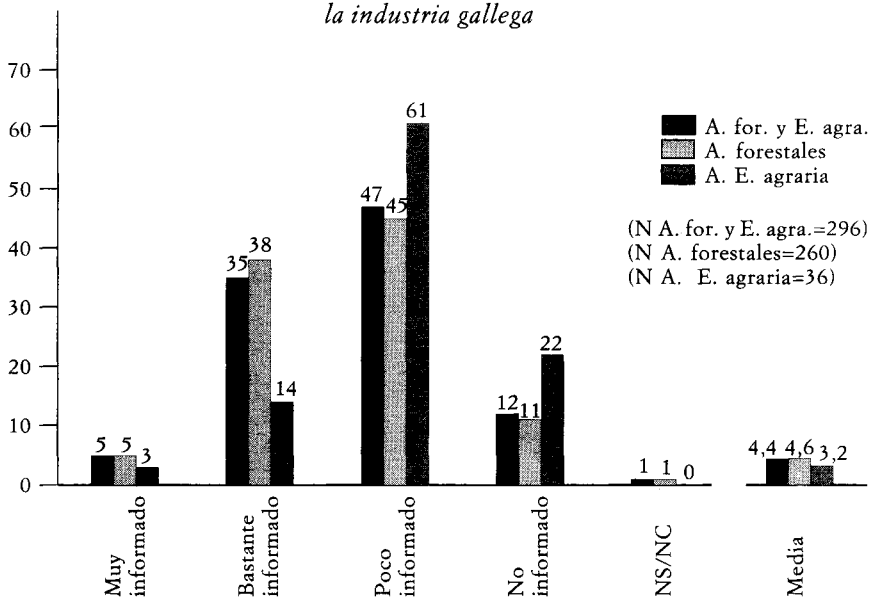


GRAFICO 19

Valoración de la información que los libros de texto recogen sobre el monte (Profesores)

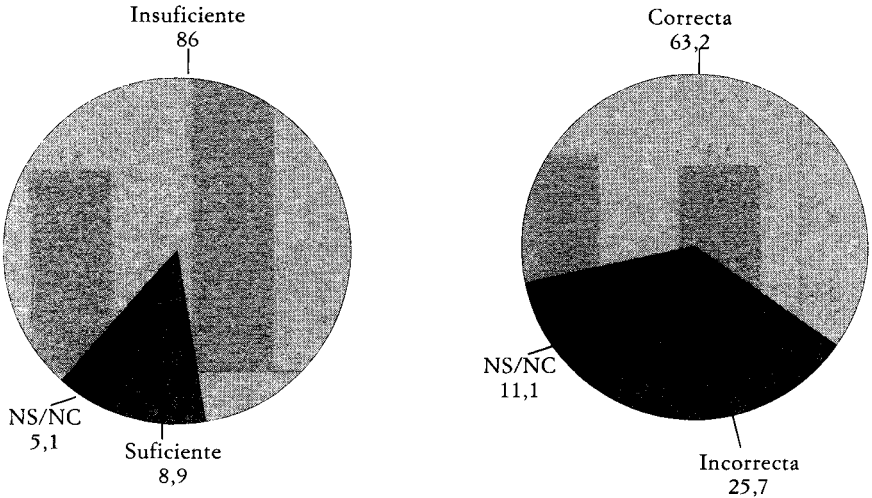


GRAFICO 20

¿Constituye el fraccionamiento de la propiedad un grave problema?

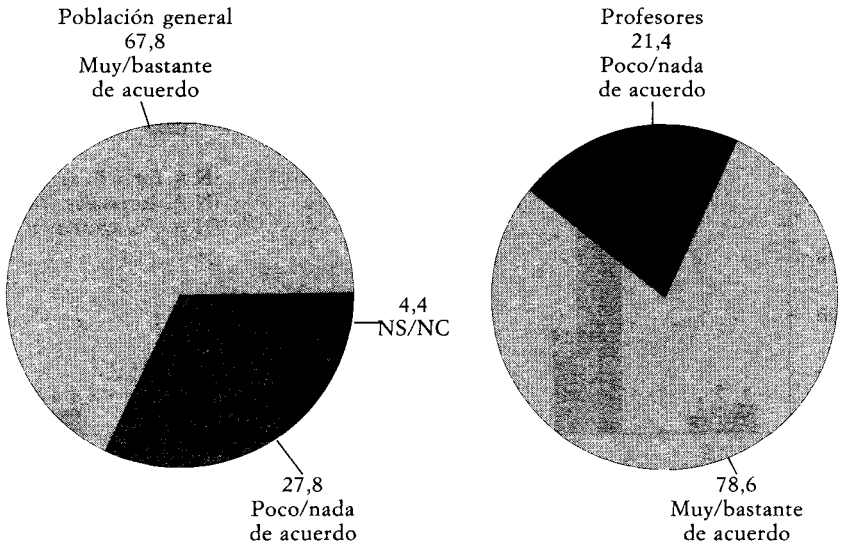
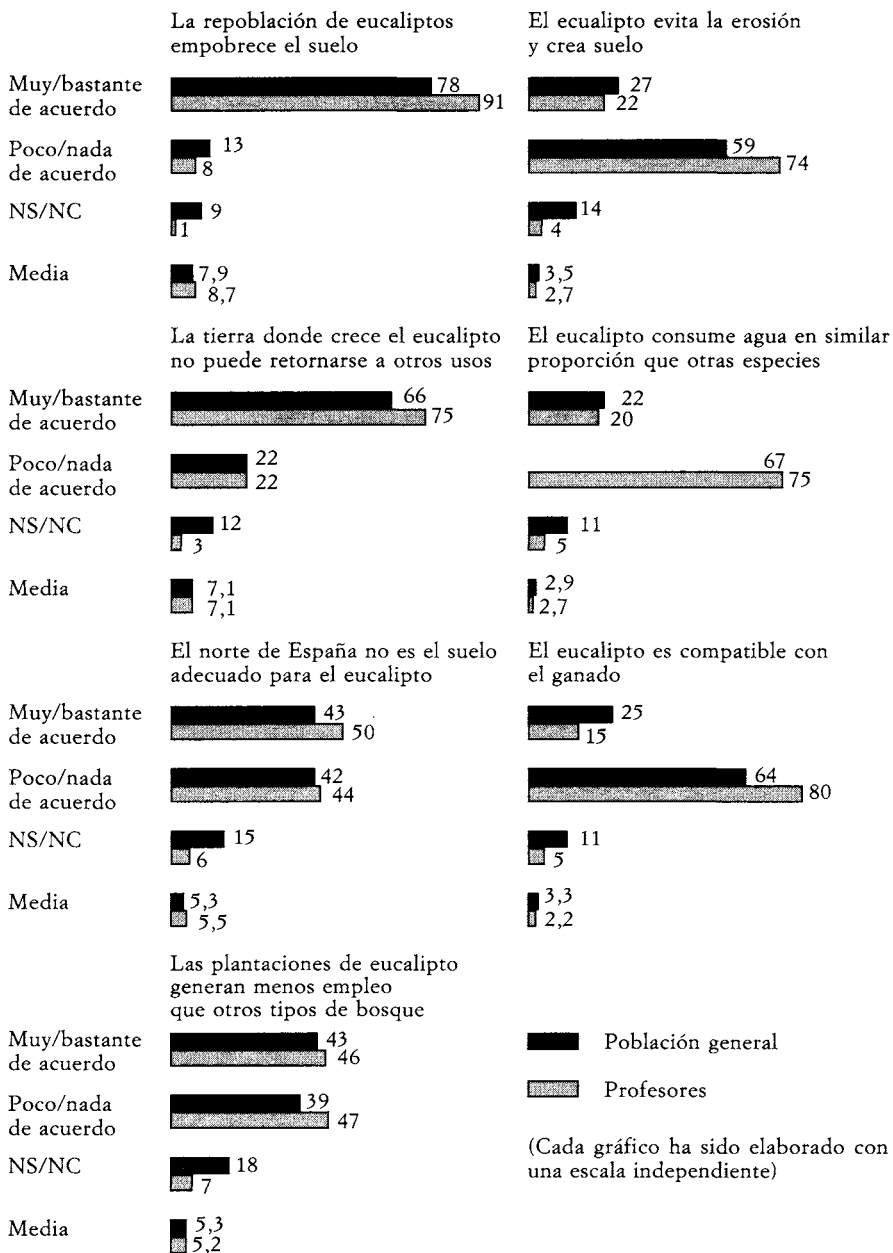


GRAFICO 21

Grado de acuerdo con diversas opiniones sobre el eucalipto



CUADRO 1

Estimación del número de propietarios de montes particulares y tamaño medio de las propiedades
(Base Padrón Municipal de Habitantes 1986)

<i>Provincias</i>	<i>Número de propietarios particulares</i>	<i>%</i>	<i>Media de la propiedad (Ha.)</i>
Coruña	246.888	36,7	1,70
Lugo	116.280	17,3	3,23
Orense	137.234	20,4	1,80
Pontevedra	172.216	25,6	0,90
TOTAL GALICIA	672.718	100	1,78

FUENTE: Elaboración propia a partir de los resultados de la *Encuesta de Cultura Forestal* (mayo 1991), realizada por las empresas ALEF-MB y SESFOR para la Dirección Xeral de Montes y Medio Ambiente Natural. Xunta de Galicia. Padrón Municipal de Habitantes de 1986. Mapa Forestal de Galicia 1986.